

Vallombreuse no era de fuerza igual á la de Sigognac; pero como convenia á hombre de su calidad, habia frecuentado durante largo tiempo las academias, mojado más de una camisa en las salas de armas, y trabajado bajo la direccion de los más acreditados maestros. No sostenia pues su espada como una escoba, segun la desdeñosa expresion de Lampourde referente á los espadachines desmañados que, como este decia, deshonraban el oficio.

Sabiendo cuán temible era su adversario, el jóven duque, encerrado en la defensiva, se concretaba á parar los golpes sin arriesgar llevarlos, con la esperanza de fatigar á Sigognac, cansado ya por el ataque del castillo y su duelo con Malartic, el ruido de cuyo combate habia oido á través de la puerta. Sin embargo, mientras con su acero desviaba el del Baron, con su mano izquierda buscaba en su pecho un pequeño silbato de plata que llevaba suspendido de una cadenita. Este movimiento le pudo costar caro, pues poco faltó como la espada del Baron no le clavó la mano contra la boca; pero la punta del arma, levantada por un quite algo tardío, no hizo más que rozarle el pulgar.

Vallombreuse se puso de nuevo en guardia. Sus ojos lanzaban miradas siniestras semejantes á las de los jettatores y de los basiliscos, que tienen la virtud de matar; una sonrisa de diabólica maldad crispaba su boca, su semblante radiaba de ferocidad satisfecha, y sin descubrirse avanzaba sobre Sigognac, tirándole estocadas que hallaban rápido quite.

Malartic, Lampourde y el Intrigante contemplaban con admiracion aquella lucha de un interés tan vivo de la que dependia el éxito de la batalla, por librarse entre los jefes de los dos bandos opuestos. El mismo Intrigante ¡patética atencion! habia ido por hachones al aposento inmediato para que los rivales viesan mejor.

—No trabaja mal el duquecito,—dijo Lampourde, apreciador imparcial del mérito,—no le hubiera creido capaz de tal defensa; pero si se echa á fondo, está perdido. El capitan Es-

truendo tiene el brazo más largo que él. ¡Ah! diablo, esta parada de semicírculo es demasiado ancha. ¿No decia yo? ved la espada del adversario que penetra en el claro. Vallombreuse está herido; no, ha efectuado una retirada á tiempo.

Al acabar de pronunciar estas palabras Lampourde, oyóse tumultuoso ruido de pasos, y abriéndose en la ensambladura y con gran estrépito una puerta secreta, cinco ó seis lacayos se precipitaron impetuosamente en la sala.

—Llevaos esta mujer,—les gritó Vallombreuse,—y cargad esos pillos. Yo me encargo del capitan.

Y abalanzóse sobre este con la espada levantada.

La irrupcion de aquellos tunantes, sorprendió á Sigognac, quien, siguiendo con la mirada á Isabel á la que se llevaban completamente desmayada dos lacayos que, protegidos por el duque, la arrastraban hácia la escalera, desvió su atencion del combate; más vuelto al sentimiento de la situacion por un ligero rasguño que le ocasionó en la muñeca la espada de Vallombreuse, tiró á este una estocada á fondo que le alcanzó sobre la clavícula y le hizo vacilar.

Lampourde y el Intrigante, por su parte, recibian á pié firme el ataque de los lacayos; aquel los acerbillaba á estocadas con su larga espada, y el Intrigante les golpeaba la cabeza con la culata de una pistola que habia recogido del suelo.

Al ver á su señor herido que se arrimaba á la pared y se apoyaba en el pomo de su espada, cubierto de mortal palidez el semblante, aquellos miserables cobardes canallas abandonaron la partida y pusieron piés en polvorosa.

Hay que confesar sin embargo que tal defeccion era hija del ningun amor que sentian por el duque sus criados, á quienes, más que como señor, trataba como tirano.

—¡A mí, truhanes! ¡á mí!—suspiró el Vallombreuse con voz apagada. ¿Abandonareis así á vuestro duque?

Mientras tenían lugar los hechos que acabamos de narrar, Herodes, como hemos dicho, subía con paso tan ligero como su corpulencia le permitía, la escalera principal, alumbrada, de desde la llegada de Vallombreuse al castillo, por un gran farol sobrecargado de adornos, suspendido del techo por un cordón de seda.

El cómico llegó al rellano del primer piso, en el momento preciso que Isabel, suelto el cabello, pálida, sin movimiento, era llevada como una muerta por los lacayos. Al verla, Herodes creyó que por su resistencia virtuosa el duque la había matado ó hecho matar, y exasperándose su furia á esta idea, la emprendió á estocada limpia contra aquellos bergantes, que, sorprendidos ante aquella agresión súbita y privados de defenderse por tener las manos ocupadas sosteniendo á la joven actriz, abandonaron su presa y echaron á correr escalera abajo como alma que lleva el diablo.

Herodes, dueño del campo de batalla, se bajó, levantó á Isabel, apoyó la cabeza de esta sobre su rodilla y le puso la mano sobre el corazón para asegurarse de que aun latía.

La joven, que al parecer no tenía herida alguna, empezó á suspirar debilmente, como quien vuelve poco á poco al sentimiento de la vida.

En esta postura les halló Sigognac después que se hubo desembarazado de Vallombreuse tirándole aquella furiosa estocada que fué la admiración de Lampourde. El Barón se arrodilló al lado de su amiga, le tomó la mano, y con voz que Isabel oía vagamente como del fondo de un sueño, le dijo:

—Volved en vos, alma mía, y abandonad ya todo temor. Estais entre vuestros amigos, y nadie podrá causaros daño alguno.

Aun cuando no hubiese abierto todavía los ojos, una lánguida sonrisa dibujóse en los descoloridos labios de Isabel, y sus dedos humedecidos del frío sudor del desmayo oprimieron imperceptiblemente la mano de Sigognac.

Lampourde, á quien interesaban las galanterías, y preten-

día ser conocedor como el que más en lo que atañía al corazón, miraba con enternecido gesto aquel grupo conmovedor.

De repente y en medio del silencio que había sucedido al tumulto de la batalla, oyóse un impetuoso son de bocina, sonido que se repitió algunos minutos después con furor estridente y prolongado. Era una llamada de señor á la que debía obedecerse. Oyóse chirrido de cadenas, y un ruido sordo indicó que se acababa de bajar el puente levadizo; luego resonó debajo de la bóveda trepidación de ruedas, y en las ventanas de la escalera aparecieron súbitamente multitud de antorchas que iluminaron con rojos resplandores el patio. La puerta del vestíbulo giró ruidosamente sobre sus goznes, y poco después resonó en la sonora caja de la escalera ruido de apresurados pasos.

Pronto parecieron cuatro lacayos de gran librea, con hachas de cera encendidas en la mano con el gesto impasible y la diligencia muda peculiar á los criados de noble casa. Detrás de ellos, subía un hombre de porte magestuoso y fisonomía distinguida, vistiendo un traje de terciopelo negro con adornos de azabache, y ostentando en el pecho una de esas órdenes que se reservan los reyes y los príncipes, ó que sólo conceden á los más ilustres personajes. Al llegar al rellano, los lacayos se alinearon contra la pared, como estatuas, sin que ningún movimiento de párpados, sin que el más leve temblor de músculos indicase que presenciasen el singular espectáculo de que eran testigos. No habiendo hablado todavía su señor, no debían tener opinión.

El caballero vestido de negro se detuvo en la meseta. Aunque la edad hubiese abierto arrugas en su frente y en sus mejillas, empalidecido su cutis y blanqueado sus cabellos, podía aun reconocerse en él al original del retrato que en medio de su angustia había atraído las miradas de Isabel, y de quien esta había implorado su auxilio como una figura amiga. Era el príncipe padre de Vallombreuse. El hijo llevaba el nombre de un ducado, mientras esperaba que el ór-

den natural de las sucesiones le diese á su vez la jefatura de la familia.

A la vista de Isabel, á la que sostenian Herodes y Sigognac, y á quien su palidez marmórea daba el aspecto de un cadáver, el príncipe levantó al cielo sus brazos y exhaló un suspiro.

—He llegado demasiado tarde,—dijo,—por mucha que haya sido mi diligencia.

E inclinándose sobre el cuerpo de la jóven actriz, tomó una de sus inertes manos. En ella, que era blanca cual si hubiese sido esculpida en alabastro, brillaba una sortija en el dedo anular, de la que formaba el engarce una gruesa amatista, á la vista de la cual pareció singularmente turbado el anciano caballero. Sacóla este del dedo de Isabel con temblor convulsivo, hizo seña á uno de los lacayos que alumbraban para que se acercase, y á la luz más viva del hacha descifró el blasón grabado en la piedra, colocando el anillo cerca de la llama y alejándolo luego para con su vista de anciano cojer mejor los detalles.

Sigognac, Herodes y Lampourde seguian con mirada ansiosa los desordenados gestos del príncipe, y sus cambios de fisonomía á la vista de aquella alhaja que parecia conocer mucho, y á la que volvía y revolvía entre sus manos, como no pudiendo decidirse á admitir una idea penosa.

—¿Dónde está Vallombreuse?—profirió por fin con voz tonante,—¿dónde se halla ese mónstruo indigno de mi raza?

No cabia duda que el anciano caballero habia reconocido, en aquella sortija, el anillo adornado con un escudo de capricho con el que en sus mocedades sellaba las cartas amorosas que escribia á Cornelia madre de Isabel.

¿Cómo aquel anillo se encontraba en el dedo de la jóven actriz robada por Vallombreuse, y de quién lo habia esta recibido?

—¿Seria acaso la hija de Cornelia,—decia para sí el príncipe,—y mia? La profesion de comedianta que ejerce, su

edad, sus facciones en las que aparecen algunos rasgos suavizados de su madre, todo contribuye á dármele á creer. Luego, es á su hermana á quien perseguia ese condenado libertino; este amor es un incesto; ¡oh! ¡cuán cruelmente pago una falta de mi juventud!

Por fin Isabel abrió los ojos, y su primera mirada encontró el príncipe quien tenia la vista pertinazmente clavada en la sortija que le habia quitado del dedo. Parecióle á la jóven haber ya visto aquel semblante, pero jóven aun, sin los cabellos blancos ni entrecana la barba, y que hubiera podido tomarse por el original envejecido del retrato colocado encima de la chimenea. A su aspecto una veneracion profunda invadió el corazon de Isabel, quien vió tambien á su lado al valiente Sigognac y al buen Herodes sanos y salvos. Las zozobras del combate hicieron lugar á la seguridad de la liberacion; nada más tenia que temer ni para sus amigos, ni para ella. Medio incorporándose, la jóven inclinó la cabeza delante del príncipe, quien la contemplaba con apasionada atencion, y parecia buscar en las facciones de Isabel un parecido á un sér querido en otro tiempo.

—¿De quién, señorita, teneis esta sortija que trae á mi memoria ciertos recuerdos? ¿Há mucho tiempo que obra en vuestro poder?—dijo con voz conmovida el anciano caballero.

—La poseo de desde mi infancia, y es la única herencia que recojí de mi madre,—respondió Isabel.

—¿Y quién era y qué hacia vuestra madre?—dijo el príncipe con interés creciente.

—Se llamaba Cornelia,—respondió con modestia Isabel,—y era una pobre comedianta que hacia los papeles de reina y de princesa en las tragedias en la compañía de que yo formo parte.

—¡Cornelia! No más dudas,—exclamó con turbacion el príncipe,—sí, ella es.

Pero dominando su emocion, recobró su actitud majestuosa y tranquila, y dijo á Isabel:

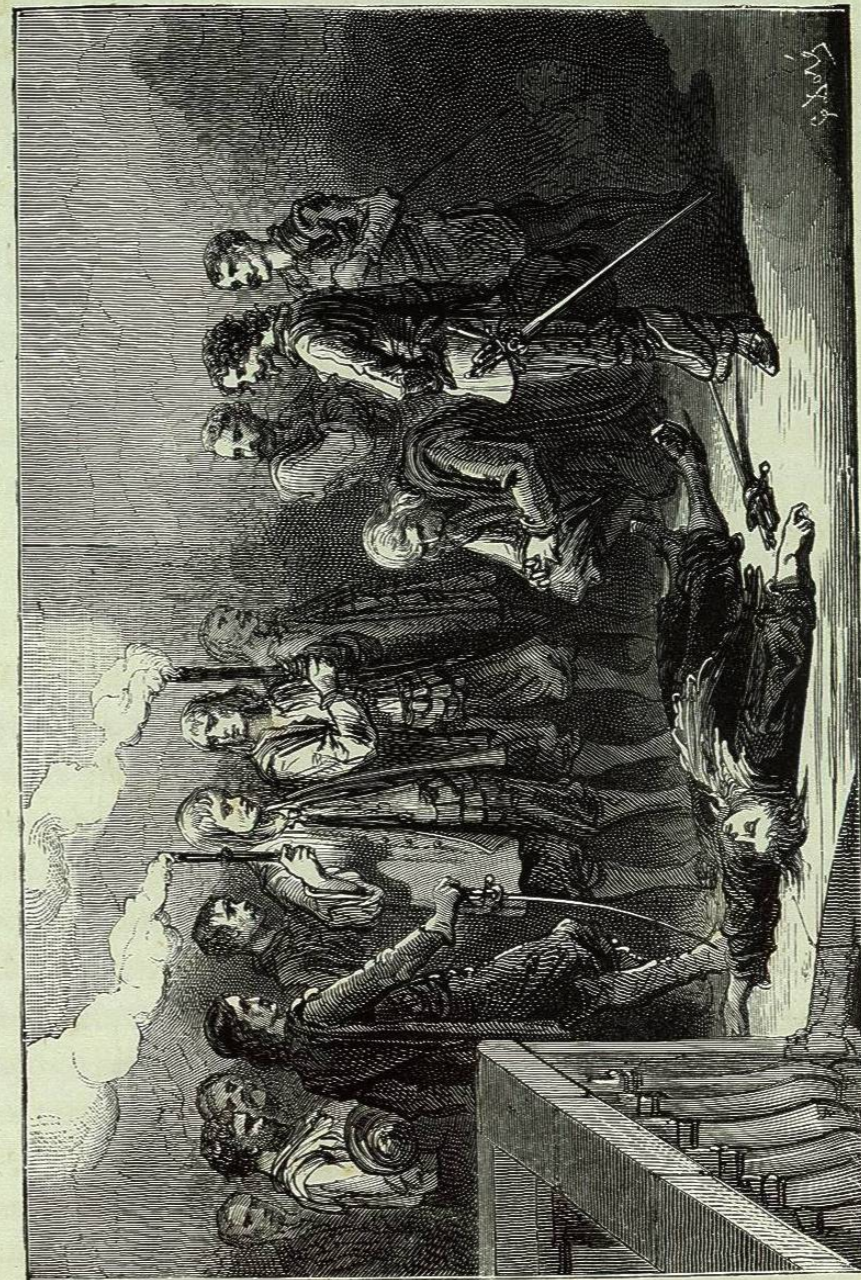
—Permitid que guarde esta sortija. Os la devolveré cuando llegue la ocasion.

—Bien está en manos de vuestra merced,—respondió la jóven actriz, en la memoria de la cual se bosquejaba, á través de los nebulosos recuerdos de la infancia, el de un rostro que, pequeña, habia visto inclinarse sobre su cuna.

—Señores,—dijo el príncipe, fijando una intensa y límpida mirada en Sigognac y sus compañeros,—en cualquiera otra circunstancia podria sorprenderme vuestra presencia armada en mi castillo; pero sé el motivo que os ha impulsado á invadir esta mansion hasta hoy sagrada. La violencia llama la violencia, y la justifica. Sobre lo que acababa de pasar cerraré los ojos. Pero ¿dónde está el duque de Vallombreuse, ese hijo degenerado que deshonra mis canas?

—Como si hubiese respondido al llamamiento de su padre, Vallombreuse apareció en el mismo instante al umbral de la sala, sostenido por Malartic. El jóven estaba espantosamente pálido, y con crispada mano apretaba un pañuelo contra su pecho. Andaba sin embargo, pero como andan los espectros, sin levantar los piés. Sólo le sostenia en pié una voluntad terrible, cuyo esfuerzo daba á sus facciones la inmovilidad del mármol. Habia oido la voz de su padre, á quien, por depravado que fuese, temia aun, y al que esperaba ocultar su herida. Para no gritar se mordía los labios, y tragaba la sanguinolenta espuma que le subia á la boca; hasta se quitó el sombrero, pese al dolor atroz que le causaba levantar el brazo, en cuya respetuosa actitud permaneció silencioso.

—Caballero,—dijo el príncipe,—vuestras calaveradas traspasan los límites del decoro, y vuestra conducta es tal, que me veré obligado á implorar del rey, como favor, el encierro ó el destierro perpétuos para vos. El rapto, el secuestro, la violacion no son armas propias de la galantería, y si puedo dispensar algo á los extravíos de una juventud licenciosa, no excusaré jamás el crimen friamente meditado. ¿Sabeis, monstruo,—prosiguió acercándose á Vallombreuse y hablándole



CAYÓ CUÁN LARGO ERA SOBRE LAS LOSAS DEL RELLANO.